AÑO X.
Nº 465.

EL DIA

MONTEVIDEO,
DICIEMBRE 14 DE 1941.



LAGO DEL PARQUE RIVERA. — EL CISNE NEGRO Y SU REFLEJO, DIBUJAN EN EL AGUA UN SIGNO INTERROGATIVO.

R. y J. Caruso
Fotos

MONTEVIDEO VISTO POR



MONTEVIDEO DESDE LA RADA INTERIOR. LITOGRAFIA DE D'HASTREL. AÑO 1841.



MONTEVIDEO DESDE LA AZOTEA DE SUAREZ. GRABADO ANONIMO, ALREDEDOR DE 1855.

AMPLISIMA libertad disfrutaron dibujantes y pintores antes de que la fotografía con sus exactitudes de máquina viniera a frenarlos, para dejar a nuestro comentario — y a nuestra admiración también — esa larga serie de vistas y panoramas de Montevideo que todavía estamos lejos de conocer en la integridad de su número, y que nos presenta la capital enfocada de todos los ángulos y tratada por todos los procedimientos gráficos.

Acontece con nuestra ciudad lo que con cualquier otra semejante, desde luego, pero Montevideo por la topografía circundante daba puntos de vista que en algunas como en la capital porteña, por ejemplo, eran imposibles de hallar. De igual modo que las infinitas variantes brindadas por los morros de Río de Janeiro, a su vez, eran aquí desconocidas.

Sin embargo, el Cerro desde el cual se abarcaban las más hermosas perspectivas y cuya altura dilataba los horizontes por muchos kilómetros no parece que — sino por excepción — resultase sitio donde los artistas plantaran su caballete o requiriesen las cartulinas intactas de sus portafolios.

La amplitud del cuadro explica bien si se piensa — y la confirmación surge tal vez del simple cotejo de las notas que ilustran la página — qué esfuerzo de labor y qué excelencia de técnica debió exigir a Dulin la litografía que tituló "Vista de Montevideo desde el Cerro", trabajada en 1860 comparada con la liviana y fantaseosa tarea de Sallés, ofreciéndonos ese Montevideo convencional que sirve de fondo a una marina más convencional todavía.

Admirable trabajo el de la vista de Dulin, admirablemente reproducido en los talleres de Lemercier de París, dignos por todo concepto del renombre universal de que gozaron en la edad de oro del grabado en piedra.

MONTEVIDEO VISTO DESDE EL CERRO. LITOGRAFIA DE DULIN, 1860.

LOS DIBUJANTES

Un cuadro dentro de otro cuadro, se podría decir, porque el plano que corresponde a la ribera del Cerro es impecable, tanto en la composición general como en el detalle, donde ni siquiera faltan escenas de campo que animan el paisaje agreste de piedras y de pitas.

Contemplando Montevideo desde el arroyo Seco — desde la azotea de Suárez precisamente, según reza la leyenda — con los propios elementos esenciales de la anterior vista y con notas de tintas locales, asimismo, consiguió un autor anónimo darnos esta lámina, en que la ciudad, recién concluída la Guerra Grande, brilla como la mancha blanca de una ciudad turca o berberisca.

Impresa en prensas de París sin que podamos individualizarla la plancha de fina labor grabada a buril, pertenece a las ilustraciones de un libro de historia de la República, aparecido en 1864 y escrito por Antonio Deodoro de Pascual, hombre de letras español que después se naturalizó brasileño y anduvo un tiempo por estas tierras.

Entre los que prefirieron para situarse la tranquilidad de la bahía, encarando la ciudad desde un navío, Adolfo D'Hastrel conserva hasta hoy una legítima primacía, a despecho de los cien años que dentro de un mes tendrán sus dibujos.

El marino dibujante francés llegado a nuestras playas en el brick "Le Cerf", en 1839, conocía su arte y puede repetirse la opinión de quien dijo que el dibujo o la acuarela no tenían secretos para él.

Para complemento de la nota obsérvese al fin esa fotografía de 1926, enmarcada entre las paredes del portón de acceso de la fortaleza General Artigas y dígase si no proclama silenciosamente toda la verdad con que Dulin — 66 años antes — situó en su dibujo las piedras de la costa cercana, la península sobre la cual asienta la capital y la tierra avanzndo en el mar en Punta Carreta.

J. M. FERNANDEZ SALDAÑA.



VISTA PARCIAL DE LA CAPITAL URUGUAYA DESDE LA FORTALEZA DEL CERRO. 1926.



MONTEVIDEO VISTO DESDE EL PUERTO. LITOGRAFIA DE J. A. SALLES.



ISLA "DOS PEIXES", Y PUERTO IRAHY, EN EL RIO URUGUAY.

A TRAVES DE RIO GRANDE DO SUL

IMPRESIONES DE UN VIAJE A LAS FUENTES DE AGUAS MINERALES DEL ESTADO VECINO

LA tradicional estada de 21 días en las Estaciones hidro-minerales naturales, para encauzar la curación de las enfermedades crónicas del hombre, goza de un prestigio milenario. Las fuentes termales, en las cuales el agua muy caliente y de sabor salino surge de la propia roca en forma de chorro inagotable, impresionaron ya al hombre primitivo que utilizó sus aguas desde tiempo inmemorial, ya sea sumergiéndose en ellas o bebiéndolas, atribuyéndoles propiedades curativas milagrosas. Fué recién a fines del siglo pasado que se emprendió el estudio científico de las mismas, al procederse al análisis de las aguas; se reconoció así que había diferencias fundamentales entre las diversas fuentes que fueron clasificadas en forma racional, lo que permitió establecer con precisión las indicaciones terapéuticas de cada una de ellas.

Las fuentes termales naturales, surgen en las zonas montañosas, lo que explica porque no ha sido hasta ahora descubierta en nuestro país ninguna de ellas. De ahí que tanto los enfermos como los propios médicos hayan relegado aquí a un olvido poco menos que completo, la posibilidad de recurrir a tan importante auxiliar para el tratamiento de las afecciones crónicas. Por otra parte son relativamente pocos los enfermos cuyos recursos y hasta su propio estado de salud, les permiten hacer un viaje hasta Europa para completar su cura en una de las fuentes termales ya famosas del continente. Y en este momento tal posibilidad resulta aún más quimérica...

Son estos los motivos que nos impulsan a considerar con creciente atención a las estaciones termales de los países vecinos. A lo largo de lo cordillera andina, tanto sobre la vertiente argentina como sobre la chilena, existen algunas Fuentes hidro-minerales importantes. Pero es sobre todo en el Brasil, tan pródigo en recursos naturales, donde existen Fuentes de propiedades curativas similares a las ya famosas de Europa. Toda una serie de ellas se alinea en el Estado de Minas Geraes.

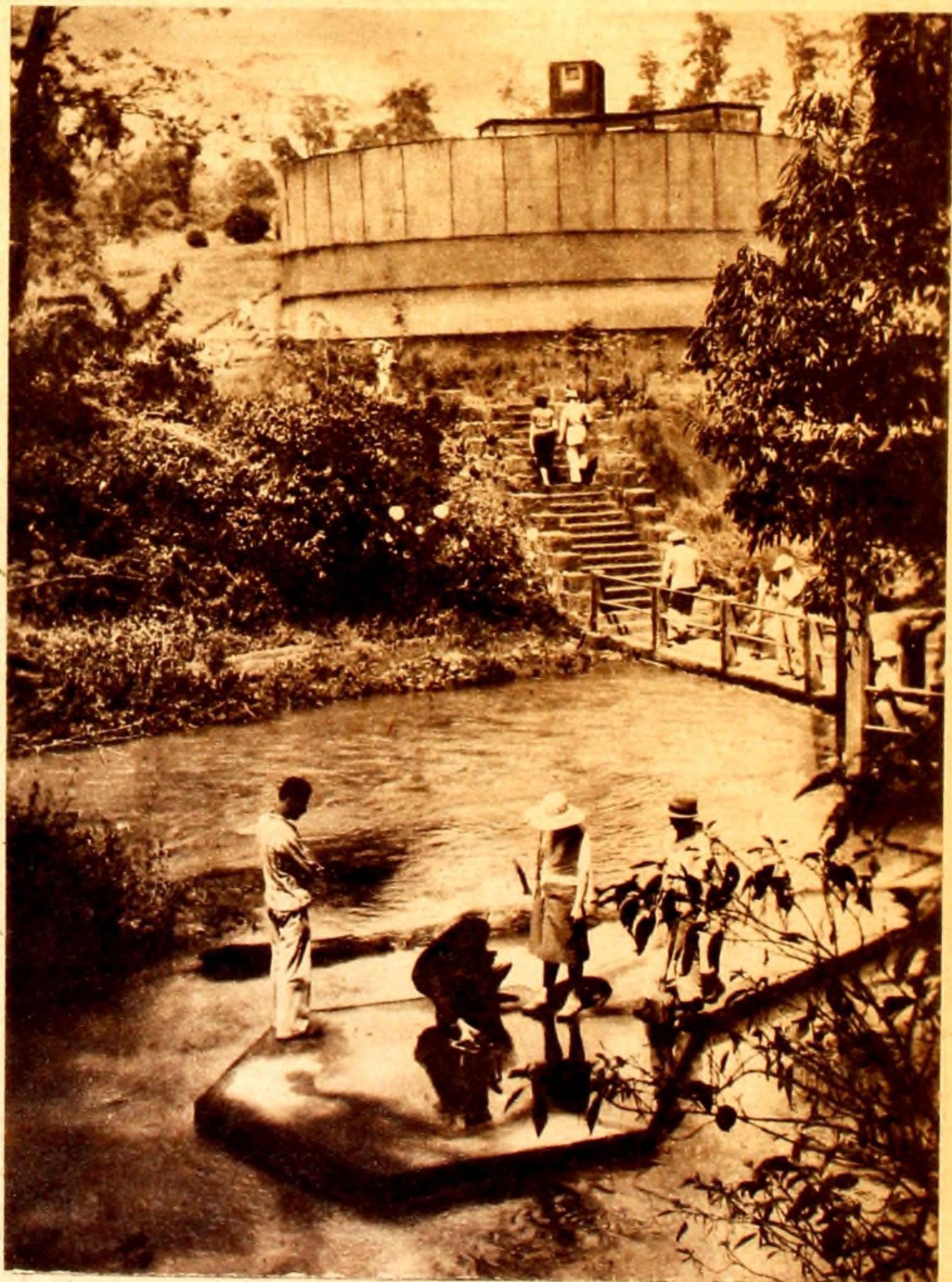
Es recién en los últimos años que oímos hablar de las Fuentes hidrominerales del vecino Estado de Río Grande. Hace apenas veinte años que comenzó a reconocerse la importancia de la primera de estas fuentes, la de Irahy, situada casi sobre el Río Uruguay, que en su trayecto de Este a Oeste sirve de límite a Río Grande con Santa Catalina. La fuente emerge en pleno Sertao; en el inmenso bosque central del Brasil que comienza en el norte de Río Grande, continúa en Santa Catalina y Paraná, para abarcar luego gran parte de Matto Grosso y el Goyaz. El descubrimiento de esta fuente, que no era más que un punto insignificante oculto dentro del inmenso Sertao, se atribuye a cazadores que navegando en canoas por el Uruguay, remontaron su afluente, el río do Mel, atraídos por grandes bandadas de aves que se posaban en un punto determinado del bosque. Es que las aves ya habían descubierto la fuente mucho antes que el hombre, acudiendo en grandes bandadas a los pantanos que la rodeaban de donde manaba inagotable, el agua caliente y salada que los pájaros bebían ávidamente.

Como calidad, las aguas de Irahy son extraordinarias. Por su riqueza en azufre, estas aguas catalogadas como sulfurosas tienen propiedades similares a las de Pozos de Caldas, resultando eficaces en el tratamiento del reumatismo crónico, especialmente los de origen gotoso y también para las afecciones de la piel, sobre todo en los eczemas rebeldes. Pero las aguas son además bicarbonatadas y sulfatadas-sódicas, del tipo de las de Caxambú, acercándose a las de Carlsbad, lo que hace que resulten útiles para las afecciones digestivas, y del hígado y también para la diabetes.

Debemos agregar que la Dirección técnica del Balneario ha estado siempre en manos muy competentes. El Dr. Azambuja, su actual Director Médico, siguiendo las huellas de su predecesor el Dr. Silveira, que escribió un interesante libro sobre las Aguas de Irahy, tiene una sólida preparación en el tema referente a la Crenoterapia, que le permite mantener una vigilancia permanente a la par que eficaz, sobre la marcha de la cura en los concurrentes al Balneario.

El porvenir de Irahy es extraordinario. Además de las fuentes actualmente explotadas, surgen en numerosos puntos en una extensión de 40 kms. a lo largo de las dos márgenes del río Uruguay, una serie de fuentes, las que si bien conservan en sus líneas generales una composición similar, varían algo en la concentración de sus distintas sales, en su temperatura y en su poder radioactvio. Las fuentes A y B de Irahy que son las captadas actualmente en el Balneario, suministran agua a 36º, con un rendimiento diario de 400.000 litros, lo que permite suministrar una gran cantidad de baños diarios con el agua recién salida de la fuente. Ya están también explotadas aunque sólo primitivamente, las aguas do Prado, a 25 kms. al Oeste de Irahy, así como las de Ilha Redonda y las de Tagurussu, colocadas en la margen norte del Uruguay, es decir, ya en Santa Catalina.

Hay que agregar que la población de Irahy está enclavada en un lugar de im-



LA FUENTE DE IRAHY.

presionante belleza. No es más que un pequeño claro que la mano del hombre ha despejado en pleno corazón de la selva virgen, talando a ras de tierra los árboles milenarios. En la pequeña franja despejada que rodea como un anillo a la ciudad en formación, aparecen aquí y allá, irregularmente sembradas, altísimas palmeras, como testigos elocuentes de la grandiosidad del bosque desaparecido; una sabia disposición prohibe el corte de aquéllas, durante las operaciones de limpieza del bosque. Pero pocos metros más allá, la vista no percibe otra cosa que la selva espesa, interminable, que tapiza las laderas a pico que rodean a la ciudad con todos los matices del verde, interrumpido alguna vez por el macizo de flores rosadas de las enormes "jaineiras". La calma natural del bosque así como su color verde intenso, actúan como sedantes del sistema nervioso, siempre más o menos afectado en el enfermo que acude en peregrinación desde muy lejos y lleno de esperanzas, para tentar allí la cura de sus males por las aguas milagrosas.

Es decir que Irahy posee todo lo que se necesita para llegar a ser en un futuro no lejano, una Estación Hidromineral de primer orden.

Terminada nuestra excursión por Irahy nos trasladamos a otro importante Balneario, menos conocido que aquél: Itahy, que dista 70 kms. de la importante ciudad de Cruz Alta. Las aguas de este Balneario son fuertemente alcalinas (pH 9.81) y deben esta alcalinidad al carbonato y al bicarbonato sódicos. Son por consiguiente aguas del tipo de la de Caxambú y de las de Vichy; están indicadas especialmente para el tratamiento de las afecciones del estómago, hígado e intestino. El agua surge de las fuentes a 19º y es utilizada exclusivamente en forma de bebida, hasta dos litros en el curso del día. El Balneario posee un hotel de cura, que aunque de construcción modesta, satisface los requerimientos fundamentales en cuanto a confort e higiene y dispone de una buena cocina dietética, que permite apoyar con un régimen apropiado de comidas, la acción curativa de las aguas. La Dirección técnica del Balneario a cargo del Sr. Peixoto Maciel es muy cuidadosa; tiene además dirección médica permanente y una orientación científica inspirada por algunos reputados Médicos de Porto Alegre: el Prof. Saint Pastous y los Dres. Pedro Maciel y Jorge Porto.

Itahy está colocada dentro de la zona de bosque que rodea las márgenes del caudaloso río Ijuhy, que cruza a 300 mts. del Balneario. Aquí el bosque primitivo ha sido talado en muchas partes y reemplazado por cultivos artificiales. La feracidad de estas tierras de la selva primitiva es extraordinaria; basta contemplar la altura de las plantas de maíz, que es casi el doble de las de nuestro país; además se obtienen dos cosechas anuales de este cereal en la misma plantación. Grandes plantaciones de tabaco y de mandioca, alternan con aquel cereal; dentro de ellas surgen con frecuencia enormes palmeras que dominan la plantación, alternando con trozos aún respetados integralmente del bosque primitivo; todos estos detalles confieren al paisaje una singular belleza.

Sobre las márgenes del mismo río Ijuhy hay otras fuentes de características similares a la de Itahy, fuertemente alcalinas; una de ellas es también ya muy utilizada, aunque con instalaciones más primitivas que las de Itahy.

Tuvimos además la oportunidad de visitar la Fuente do Arenal, situada a 25 kms. al sur de la ciudad de Santa María, sobre la carretera en construcción que une a dicha ciudad con la de Sao Sepé. Sus aguas que surgen en la Fazenda do Arenal, del Sr. Augusto Ribas, no son todavía explotadas para el uso público. Pero ya llegan continuamente a Santa María las damajuanas llenas del Agua do Arenal, que gozan de gran reputación entre los enfermos del hígado. Y con razón, pues estas aguas de una fuerte salinidad, muy ricas en sulfato sódico, se parecen mucho por su composición a las famosas de Carlsbad. Hay ya un proyecto de urbanización del pintoresco lugar, para explotar convenientemente estas aguas haciéndolas accesibles al público.

Esta breve reseña que resume las principales características de las Estaciones hidrominerales más importantes del Estado de Río Grande, demuestra la variedad de la composición y el alto valor de sus aguas minerales. Esto explica que sean ya numerosos los uruguayos que concurren a aquellos Balnearios para hacer su cura anual de aguas.

*

Has aquí nos hemos limitado a narrar las impresiones recogidas en los Balnearios hidrominerales de Río Grande, durante un viaje que fué emprendido con ánimo de hacer un buen reposo mental. Pero pronto debimos comprender que no es tarea fácil para un médico uruguayo, sobre todo si integra el personal docente de nuestra Facultad de Medicina, la de recorrer como simple turista el Estado vecino. Es que el Cuerpo Médico Riograndense, no ha omitido en ninguna ocasión durante los últimos anos, el demostrar en todas formas su estima por los colegas uruguayos. El intercambio entre las dos Facultades de Medicina, la de Porto Alegre y la de Montevideo, se viene intensificando rápidamente y ha provocado una corriente de mutua estima entre ellas. A este resultado han contribuído en primer término, los infatigables esfuerzos del activo Embajador del Brasil, Dr. J. Baptista Luzardo — que es él mismo, médicio riograndense — y también las iniciativas de nuestro Decano de la Facultad, Dr. García Otero, quien integra además la Dirección del Instituto Cultural Uruguayo-Brasileño.



EL RIO URUGUAY.

El resultado de tal estado de cosas se hizo sentir ya desde el momento en que penetramos en el solar riograndense. Al llegar a Santa Ana nos encontramos con nuestro dilecto amigo el Prof. Helion Povoa, de Río de Janeiro, quien regresaba a su país después de haber participado activamente en el Congreso de Endocrinología de Montevideo. La Sociedad de Medicina de Santa Ana, presidida por el Dr. Hugo Andrade nos hizo objeto a ambos de un caluroso homenaje. Una sesión posterior de la misma Sociedad, a la que concurrieron ademas los médicos compatriotas de Rivera, se dedicó a una disertación que hicimos sobre un tema relacionado con la Acidosis. Se me invitó también para concurrir allí en junio próximo, momento en que se ha de celebrar la primera reunión médica del interior del Estado de Río Grande.

A nuestra llegada a Santa María fuímos recibidos por una delegación de la Sociedad de Medicina, la que por intermedio de su Presidente, el Dr. Pereira, nos invitó a concurrir a una sesión especial que se celebró bajo la presidencia del Prefecto del Municipio local, el Dr. Xavier da Rocha. Finalmente fuímos honrados con la designación de Socio Corresponsal de aquella Asociación que posee una activa vida científica, pues está integrada ya por más de 50 médicos.

No podemos hablar de Santa María, sin mencionar que se trata de una ciudad de progreso rápido, que posee algunas características interesantes para el turista. Es la ciudad escolar de la zona; cuenta con cuatro Liceos de Enseñanza Secundaria y un gran número de Escuelas primarias, en su mayoría privadas y además algunas Escuelas Industriales.

Además, por su carácter de Centro ferroviario, parece tener esta ciudad gran importancia estratégica, por cuyo motivo posee una guarnición militar superior a 3.000 hombres. Este triple carácter, de ciudad escolar, ferroviaria y militar le confiere un sello especial. En el centro de la ciudad vemos alzarse, muy cerca unos de otros, grandes edificios modernos con su frente cubierto por amplios ventanales; son todos Institutos de Enseñanza. En la parte baja de la ciudad se agrupan en cambio numerosos edificios alrededor de la Estación que dependen todos de las actividades ferroviarias; entre ellos se destaca en la cima de un pequeño cerro, el magnífico Hospital ferroviario. Finalmente en la cintura de la ciudad se alza una serie de cuarteles modernos. Recordamos finalmente que allí el uruguayo que llega encuentra de inmediato un guía y amigo infaltable; es nuestro activo Cónsul el Sr. Alfredo Ibarra.

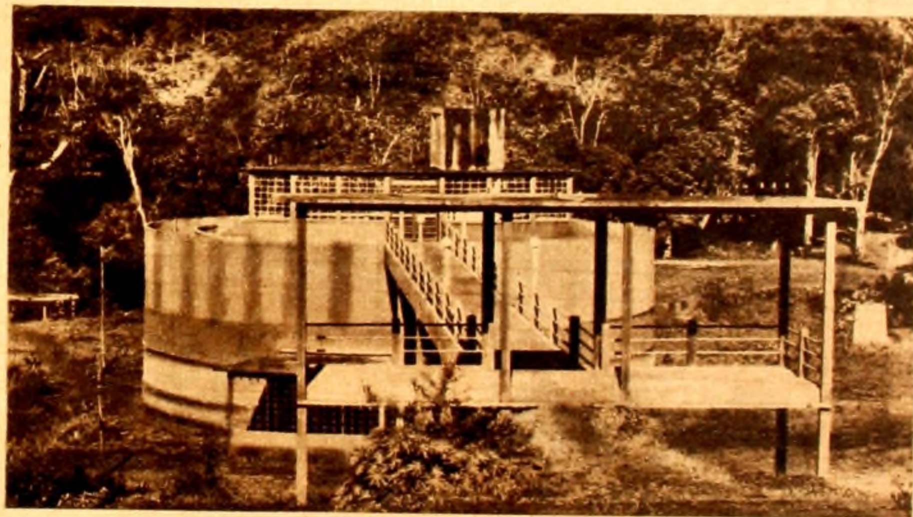
Los alrededores de Santa María son de una extraordinaria belleza; está colocada en el límite de separación entre la zona sur riograndense, de grandes planicies con ondulaciones moderadas que nos recuerda la zona central de nuestro país y que como ella está toda dedicada a la ganadería y el plan-alto del norte del Estado, colocado a 500 mts. de altura.

Cuando, al día siguiente, ya en el tren de Santa María a Paso Fundo, remontábamos esta espesa serranía para llegar al plan-alto, durante una magnífica mañana plena del sol, rememoramos en múltiples ocasiones, la belleza impresionante de los paisajes característicos, de la travesía de Santos a San Pablo.

También a nuestra llegada a Irahy, colocada en la frontera norte del Estado, nos aguardaba una amable acogida. El Director del Puesto de Higiene Local, Dr. D. Azambuya que acudió a recibirnos, nos trasmitió además un cordial saludo que nos remitiera en un expresivo telegrama, el Director de Salud Pública del Estado, Dr. Bonifacio da Costa. Al día siguiente el Prefecto de la ciudad Ing. Alvaro Leitao nos trasmitió un elocuente saludo enviado por el Sr. Interventor del Estado de Río Grande, Dr. Cordeiro de Farías.

Para terminar quiero relatar un episodio amable e inesperado, acaecido durante mi viaje. Solemos expresar con una frase que ya nos es familiar, cada vez que cruzando el interior de nuestro país, nos encontramos de buenas a primeras, impensadamente, a un viejo amigo en algún hotelito de campaña: "Qué chico es el Uruguay". Pero ésto parece que no debe suceder solamente aquí, en nuestro "pequeño Uruguay". Cuando regresaba de Irahy, al llegar a Cruz Alta, debimos abandonar el tren para tomar el avión que nos llevaría a Itahy. Cuál no sería nuestra sorpresa al ver descender del avión que venía en vuelo desde Porto Alegre, nada menos que a nuestro querido amigo el Prof. Annes Dias, que venía hasta Cruz Alta, su ciudad natal, a saludar a su anciana madre, antes de retornar a Río de aJneiro. Hacía 15 días que nos habíamos despedido de nuestro amigo en Montevideo, cuando él marchara para Buenos Aires, después de terminada su labor en el Congreso de Endocrinología. No pudimos menos que exclamar en ese momento: "También es pequeña Sud América". Y es deseable que el progreso creciente de las comunicaciones con los países vecinos nuestros, hagan posible estos encuentros cada vez más frecuentes, entre las personas que viviendo en países diferentes del suelo de América, cultivan con el mismo fervor interior, el culto de la amistad y de la fraternidad sudamericanas.

Dr. B. VARELA FUENTES.



EL BALNEARIO DE IRAHY.



VISTA PARCIAL DE IRAHY.

VIDA Y LETRAS

EN LA AMERICA LATINA

NOTICIA SOBRE EL AUTOR. — By H. S. Mackintosh, joven escritor británico que ha realizado frecuentes viajes al Río de la Plata, formó parte de la misión comercial que no hace mucho nos visitó, presidida por el marqués de Willingdon, ex-virrey de la India, recientemente fallecido en su patria. By H. S. Mackintosh es colaborador de los principales órganos de publicidad de Gran Bretaña. El presente artículo fué publicado en "The Listener", en julio de 1941.

IDIOMAS diferentes, distintos modos de vida, y sobre todo distintas culturas, dividen las naciones del mundo más eficazmente que las distancias. La mejor manera de comprensión internacional es el estudio de la historia, idiomas, literatura y arte de otros países. Las características de un pueblo se expresan, por sobre todo, a través de sus escritores.

El desarrollo de la civilización de un país se estereotipa tanto en su arte y literatura, como en sus modos de vivir.

DESEO DE CONOCER

Por esta razón, el estudio de la vida y las letras en las repúblicas de la América Latina, es más importante hoy que nunca. Como nos explicó el señor Kenneth Grubb la semana pasada, estas son civilizaciones jóvenes. Su cultura es a menudo pasada por alto en nuestro país. Los Latino Americanos consideran sus escritores y artistas como los jalones de su progreso. Les agradaría que sus esfuerzos fueran apreciados por las viejas naciones donde ellos siempre han tomado sus directrices culturales. Aquí, en la Gran Bretaña, donde el escritor y el artista son casi una raza aparte, no se comprenda quizá que la mayor parte de la gente de letras de la América Latina sean— si podemos usar una expresión bastante justa— concientes de su cultura. Una gran proporción de la población culta de estas repúblicas, tiene tendencias literarias o artísticas. Escritores y poetas se admiran con gran respeto. De este modo, muchos de los dirigentes de los gobiernos de estos países son distinguidos escritores. Están encantados, si un viajero extranjero como yo, puede hacer comentarios sobre las obras literarias nacionales.

Como dije en mi última charla, considero que el Destino de la raza británica está estrechamente ligado con el futuro de las Américas. Si esto es cierto, debemos de hacer todo lo posible para conocer las **dos** Américas. Nosotros, en este país, estamos más familiarizados — bajo todo punto de vista — con el Norte que con el Sur de este gran Continente. Conocemos más la literatura de los Estados Unidos que la de la América Latina. La mayoría de nosotros hemos oído hablar de **Tom Sawyer, Babbitt** y **Gone with the Wind**, que no sólo son obras agradables, sino que tambien dan una bueua idea de las costumbres y vida norteamericana. Ustedes dirán que estas obras están en inglés, y que los libros sudamericanos están en un idioma extranjero; bien, he aquí el motivo de esta charla.

La mayoría de nosotros hemos gozado alguna vez con las historias de aventuras. Cuando muy jóvenes nos gustaban los escalofriantes cuentos de Wild West. A muchos de nosotros todavía nos gustan. Las historias del Wild West y otras por el estilo han tenido una difusión y éxito permanentes. Pero el Wild West, tal como nos ha sido presentado en el film y en la novela, ha sido por la general un cuadro de la vida en Arizona y Texas en Norte América tal como era hace tres cuartos de siglo. Los niños de hoy todavía juegan a los cowboys y a los indios — pero son los indios de Fenimore Cooper y Zane Grey.

Tales aventuras y aventureros similares, han existido más recientemente y de modo más pintoresco aún en la América Latina. Pero ¿cuántos han oído hablar de "Martín Fierro", el cow-boy legendario argentino o sea el **gaucho**, como le llaman en esas regiones?

En 1872 un argentino llamado José Hernández publicó un libro titulado "Martín Fierro', el cual es actualmente la obra más famosa de la literatura sudamericana. Martín Fierro fué un cowboy argentino, y aunque constituyó una mera creación de la mente de Hernández, era un **gaucho** tan típico que en la pampa los verdaderos **gauchos** hablaban de sus aventuras como si realmente hubiera existido. Llegó a ser una verdadera leyenda, y estas aventuras fueron narradas en miles de fogones.

Cunninghame-Graham, al cual haré referencia más adelante, conoció la América del Sur mejor que cualquier otro escritor inglés. El cuenta "que en las largas veladas, acampados alrededor del fuego, era infaltable la narración de las aventuras de Martín Fierro y los **gauchos** las tomaban como si fueran parte de su propia vida, hablando de él como si en cualquier momento se les apareciera apartando el cuero que tapaba la abertura de la puerta del rancho".

"Aquellos que sabían leer solían hacerlo en voz alta para los analfabetos, usando para esto un libro viejo y grasiento. "La historia de Martín Fierro".

"Otros lo habían aprendido de memoria, repitiéndolo luego como una especie de letanía".

Ello es sólo una parte del elogio que ha hecho Cunninghame-Graham de esta historia, que ha tenido como acompañamiento el bordoneo de la guitarra y el relampagueo de los facones.

En esta historia pueden hallarse los elementos de todo romance, o sea: la pelea, el baile, el canto y hasta remedios para algún amor no correspondido. Pero además de estos elementos simples, se encuentran otros más profundos, como ser, la indignación de un alma valiente y sencilla alzada contra la injusticia de los opresores del habitante del campo; y, alternando con ideas religiosas, aparecen escenas rudas, tales como las domas de potros, peleas con los indios, borracheras y payadas. Sin embargo, ¿cuántos de nosotros en Inglaterra habremos oído hablar de este libro? Ha sido traducido al inglés con el título de **The Gaucho** por Walter Owen y fué publicado por la casa Blackwell. Todavía es fácil obtenerlo en algunas bibliotecas, pero desgraciadamente la edición ha sido agotada. Tengo la esperanza de que alguien tenga la idea de volver a publicarlo en alguna edición barata incluyendo las magníficas ilustraciones originales.



PERICON, XILOGRAFIA DE LUIS MACAYA ILUSTRANDO UNA EDICION DE "MARTIN FIERRO".

Si se desea agradar a un argentino, no hay mejor modo que diciéndole que uno conoce la historia de Martín Fierro. Le gustará a él mucho más que si a uno, un extranjero le dijese que le había interesado Robin Hood o Sherlock Holmes. Martín Fierro significa para él un héroe nacional. Se puede decir que este libro ha sido el comienzo de la literatura nativa. Le da a uno la idea de la evolución en los países del Río de la Plata, y he mencionado este libro porque es representativo y ha sido traducido. Hay muchísimas otras obras nacionales, de grandes autores, que le darían a uno el sabor regional de las otras repúblicas latino americanas. Tengo la esperanza de que éstas también serán traducidas al inglés. Hay una razón práctica por la cual nosotros, en Inglaterra, debíamos de tener un mayor conocimiento de tales libros.

LO QUE SE NECESITA

Demasiado pocos han sido traducidos al inglés, y la mayoría de nosotros no hemos tenido la oportunidad de aprender bastante español o portugués para poder leer los originales. Es por esta razón que sugiero a ustedes que debemos presionar para que el español sea enseñado más y mejor en nuestros colegios y también el portugués, como una materia opcional. Mayor número de personas podrían entonces leer estos libros y, por citar un ejemplo, regocijarse con las páginas de hombres como Fernán Silva Valdés, el gran poeta y escritor uruguayo, cuyas obras parecen brotar de la propia tierra a que pertenecen, expresando el espíritu de Sud América mejor que cualquier otro de los autores que he leído.

Para aquellos que no tienen el don de las lenguas, pero que desean comprender y seguir el desarrollo del pensamiento y de la vida de las Repúblicas latino-americanas, debemos tener más traducciones en inglés de las grandes obras de los autores da América Latina. Tengo entendido que Jonathan Cape han publicado una traducción de "Doña Bárbara" por G. Gallegos, el novelista clásico de Venezuela, pero esto es sólo uno de pocos. Un libro tal como "La Vorágine", del colombiano José Eustaquio Rivera creo que tendría un gran éxito en este país. Uno de los personajes de este gran libro de Rivera es una semblanza del señor Kenneth Grubb, quien ha escrito en estas mismas series y que es ahora casi una figura de leyenda en las regiones del Amazonas. El ha realizado expediciones espeluznantes, durante las cuales la mayor parte de sus compañeros murieron. Creo que en una de estas ocasiones él fué el único sobreviviente.

Si no podemos leer español, por lo menos podríamos tener alguna idea de la historia y de la literatura de la América Latina sin mayor esfuerzo. Incidentalmente no hay historia más interesante que la de las Repúblicas Latino Americanas. Lean la conquista del Perú y la conquista de Méjico por William Prescott. Comparada con los textos de historia inglesa con los cuales tenemos que debatirnos en nuestros colegios, los libros de Prescott son maravillosas aventuras. Más aún, ellos tienen una conexión más significativa con el mundo de hoy que la "Guerra de las Rosas" y los asuntos matrimoniales de Enrique VIII. Lean los cuentos de R. B. Cunninghame - Graham. El ha escrito muchos cuentos sobre Sud América; tales como "Trece cuentos", publicado por Duckworth; o "Rodeo" o "Semblanzas de un dictador"; los dos publicados por Heinemann. Lean los cuentos de W. H. Hudson, "El ombú", o "Tierra purpúrea", "Romance de Sud América', publicados por Duckworth. Todos estos libros se pueden obtener a precios módicos en librerías, o pueden leerse en las bibliotecas. Cunningham Graham y W. H. Hudson son mejor conocidos en América del Sur que en Inglaterra. Su conocimiento y comprensión de la vida sudamericana los ha hecho quizá ser los más importantes embajadores de Inglaterra en esos países. En las repúblicas del Sur se encontrarán monumentos en memoria de ambos, y los argentinos han llegado a llamar una ciudad con el nombre de Hudson. Ellos pueden ser una introducción al estudio de la América Latina, y es por las letras que se llegará a comprender la **vida** de estos países.

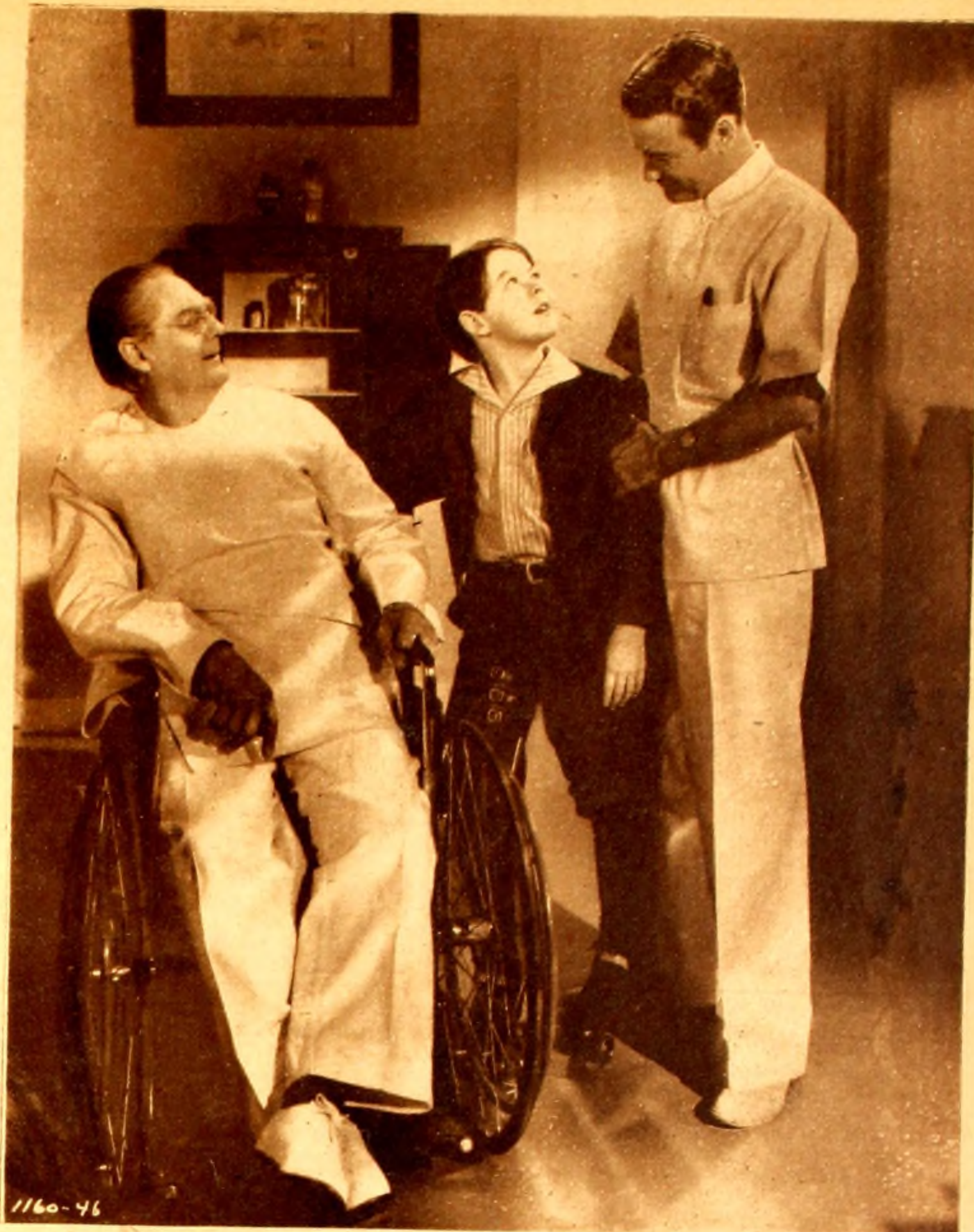
LA UNION CON FRANCIA

Es curioso que teniendo tan grandes conexiones comerciales y financieras, seamos tan ignorantes del desarrollo intelectual de la América Latina. Es aún más curioso que los franceses, cuyas relaciones materiales con estos países eran tan íntimas, hayan apreciado la necesidad urgente que tiene la América Latina para que sea comprendida su cultura. Las obras de sus escritores y poetas han sido comentadas en la prensa francesa, traducidas al francés, estudiadas y apreciadas. El resultado ha tenido como consecuencia un enorme afecto a favor de Francia, especialmente entre los latinoamericanos de más influencia. Ahora que Francia se ha derrumbado, la América Latina está abierta para contraer otro lazo semejante con alguna otra civilización más antigua; y para mantener y solidificar estos vínculos de amistad entre la Gran Bretaña y la América Latina no podríamos hacer nada mejor que dedicarnos a emprender este camino y forjar así eslabones entre nosotros, que serán independientes de las vicisitudes de nuestras relaciones económicas y políticas. Y así podríamos crear algún otro nuevo pedazo de tierra firme, en los tembladerales internacionales que están amagando tragar a la civilización.

By H. S. MACKINTOSH.

Versión de Gladys Shaw de Mora Otero. Tomada de "The Listener", Julio 1941.





"GALANTE Y AUDAZ"

ROBERT Taylor y Mary Howard forman pareja en la producción en tecnicolor "Galante y audaz" que exhibe actualmente Cine Metro.

CINE

"EL TRIUNFO DEL Dr. KILDEAR"

PRESENTARA el viernes Cine Metro, la nueva producción de la serie del Dr. Kildear que tiene de intérpretes centrales a Lew Ayres, Lionel Barrymore, Laraine Day, Bobs Watson y Robert Young.

LA FOTOGRAFIA ARTISTICA



Playa sobre el "Solís Chico", de aguas saladas. – PARQUE DEL PLATA.

SALIERON los tres hombres de la iglesia, y atravesando la plaza ganaron la callecita del Colegio.

Repetían invariablemente el paseo en las mañanas y en el atardecer. Uno de los tres se dejaba conducir. Vestía de negro, y la chaqueta, cerrada bajo la nuez, no dejaba ver el plastrón oscuro. Los otros lo tomaban del brazo llevándolo de la quinta al templo, y una vez cumplido el deber religioso, lo devolvían. No podía ocultar uno de los lazarillos el aire militar, aunque vestía de paisano, atildadamente. El otro había actuado bajo las órdenes de San Martín. Coronel Ricardo López Jordán. General Cipriano Miró. Este disponía ya de la paz interior. Aquel, huyendo del espectro de Urquiza, custodiaba en la Restauracion, la sombra de Basañez.

*

Sabían en la casa que era sagrado el sueño del señor a la vuelta de su paseo. Llegaba siempre como dormido. Nadie lo negara viéndolo en su patio, bajo el árbol enorme, junto a la mancha blanca del aljibe que lucía una fecha en el hierro, exhibiendo frente a la severidad de la losa de Pando, su pompa de azulejos. El corredor se poblaba de roces bajo las tejas descoloridas que acogían murciélagos y pájaros, como el pozo lo hacía con las estrellas y la luna. No le llegaba al viejo ni la canturria de las mujeres de servicio: ellas sabían velarla, para su descanso.

Del tilo que no envejece ni se encorva como el hombre que es ya sólo una sombra en el crepúsculo del día y de la vida, desciende lentamente, como un hechizo, la memoria de los días bizarros.

Algunos pétalos han caído sobre el chambergo oscuro, que presta al rostro afilado y pálido, un poco del aspecto que debió tener Felipe II, el monarca sombrío que no pudo menos de dar a su palacio desierto, su propia fisonomía de atormentado.

Descienden los recuerdos sobre el hombre del que han huído las horas serenas. La vida lo había colmado, para quitarle luego, poco a poco, los bienes. Cuando llegó al Cardal disponía de un brazado jugoso: juventud, hijos chicos, la entrañable compañera que había entroncado su patricio apellido de Illa y Viamont al que él traía desde San Sebastián para esclarecerlo. Afincó en la aldehuela a principios del éxodo del 43, en que una parte de Montevideo se fué volcando despacio en el pueblo surgido bruscamente junto al cuartel de Oribe. Diez años antes había adquirido en precio mínimo las tierras que Solsona arrancó a la estanzuela que había sido de Alzáibar, y que seguirían incultas y desiertas, hasta necesitar años para salpicarse de ranchos ese camino Real que avanzaba viboreando desde las sierras de Maldonado: mesón de Pacheco Medina, pulperías de doña Mauricia, de Soca y de González, fonda de Duglio, junto al molino. En un extremo del caserío, la azotea de los Fatiño; en el otro los ombúes de doña Mercedes. Poca gente, y con leyenda. Melones fué un portugués medio hermitaño, que se creyó con derecho a descansar un cuarto de siglo, porque había plantado, por orden de don Juan María Pérez, la costa del bañado, con sauce y mimbre. Ramón Manso, un patriarca negro, centinela bajo el añoso ombú de la playa de la Mulata.

Empezaba a subdividirse la tierra que había sufrido su primera fractura cien años antes: estanzuela de Alzáibar, y antes de Sebastián Carrasco; ahora, chacras de doña Candelaria, de Xerpes, de Camejo, de Ramírez y de Pernas.

Sobre ese Cardal de la estanzuela, ahincará Basañez su feudo.

*

Ha de necesitarlo Oribe, como a todos los hombres de energía y de acción, con los cuales levantará ese pueblo en que debió esperar la caída de Montevideo, que tan fácil le pareciera aquel día de febrero en que desmontando ante el saladero de Fariña, pidió a su dueño una posada de quince días.

Basañez fué uno de sus puntales, en la Restauración. No habrá dudado él tampoco, al iniciarse el Sitio, de la cercana victoria. Pero así que corrían los años sin que la entreviera, debió pensar que el destino le ordenaba quedarse allí para siempre.

Habrá deseado, tal vez, levantar en el Cardal un pueblo que le recordara los de su costa cantábrica: una gran iglesia de piedra, y a su alrededor grandes casas con tejado y balcón saliente; angosta la calleja, con adoquines; los aleros arrastrando hasta la senda enredaderas y sombras; un vago olor de humedad o de pasto recién recogido, huyendo de los portalones; algún escudo nobiliario sobre un dintel labrado. Un verdadero ensueño vasco. La realidad fué otra. El conjunto de ranchos de adobe tradujo hasta en su falta de alineación el apuro con que fué levantado; no existía la soñada iglesia de piedra; en su lugar oficiaba una capillita en medio de naranjos, y en vez de la población tranquila y soñadora, hervía el campamento con el relámpago rojo de los asaltos.

El coronel Reyes sopló sobre el ranchorío unos años despues, y la Restauración apareció sobre el Cardal como bajo el ademán de un mago: casitas bajas, agrupadas como por un sentido instintivo de mutua ayuda, y en las cuales no debía respirarse otro aire que el íntimo de los viejos hogares de la patria.

*

En esa **nueva** Restauración, nacida adulta por un decreto, con casitas blancas y puertas coloradas desparramándose hasta el campo; molinos junto a los trigales; surcos urbanos y gente **antigua**, supo Basañez ser el patriarca que ese pueblo esperaba. Le dejó el juez Farías su sitial el año 49.

Yo adivino la alegría interior de ese buen juez, cuando obligó a Manuel Cachila a pagar a la Florinda, no sólo tres años de trabajos domésticos no satisfechos, sino también cierta cantidad "para la cría del hijo que el demandado había tenido con ella".

Y cuando desestimó una querella de desalojo y cobro de pesos, "porque tenía orden verbal del Presidente Oribe de proteger de todas maneras la familia de los individuos que estaban en servicio activo".

La Ley podía obligarlo, pero él encontraba siempre manera de humanizar sus sentencias. Tuvo la intuición de que podía ser, con las tablas de la ley en la mano, "tan justo como inícuo". Si no fué alguna vez lo primero, nunca cayó del todo en la verdadera iniquidad legal. Domó la ley, siempre que pudo. Así, en el "pleito de la mula muerta", en que si el testimonio decisivo del **pastoriador** no pudo caer en la balanza porque el muchacho tenía doce años, hizo pesar en ella la sangre de la mula de doña Antonia, **"totalmente** ultimada por el chuzazo de Gentil".

Aunque la compasión fué el matiz más definido de su carácter, no utilizó jamás dos medidas. El desheredado supo, sin embargo, lo que era la justicia distribuída por ese hombre: una mano, que el pobre necesita, y la ley también, porque a su contacto se humaniza. Y eso pasó en Basañez sin desmedro de la justicia misma. No hizo pesar demasiado la piedad hasta convertir la sentencia piadosa para el pobre en un desequilibrio injusto para el poderoso.

Amigo íntimo del doctor Capdehourat, amparó contra él a su demandado Petronilo Alonso. Compadre del doctor Azarola intercedió a favor de Mariano Pereyra en peregrino expediente del 51.

Detalle de la cuenta:

"Por el viaje, en caballo propio, a la estancia de los Burgueño, en el Mosquito, que dista 14 leguas, — cuatro patacones la legua — 56 patacones. Por la operación del labio **lemporino:** 34 patacones. Por permanecer tres días en la estancia, cuidando, sangrando, aplicando sanguijuelas al susodicho: 60 patacones".

Modesto, en realidad, el monto total. Pero la guerra ha arruinado las estancias, la época es terrible, y aunque el juez comprende la justicia de la demanda, intercede ante el doctor Azarola, obteniendo para Pereyra, a quien no ha visto nunca hasta entonces, una quita que aligera el alma del buen juez.

Cuando dejó el juzgado en 1852 debió hacerlo con pena, por no haber podido doblegar siempre la letra de la ley; por haber lastimado alguna vez la apariencia de un derecho, o haber sostenido, obligado, contra el pobre, la pretensión del rico torpe, que disponiendo de "la razón y de la piedad", sólo ejerció la primera, porque la otra le pareció confinar con el despilfarro o con la flaqueza.

EL CANDOMBE.

La fiesta sería bajo la mancha blanca y rosada de los frutales florecidos. El ébano vivo — congos, mozambiques, molembos — iba a festejar su nueva condición de seres libres, con un candombe en honor del noble amo. Suárez había abolido la esclavitud en 1842. Fué un deseo, más que una realización imposible. Cuatro años después Oribe liberó definitivamente la raza oprimida, pero como el gobierno del Cerrito no disponía de tesoro, el valor de los libertados se declaró deuda de la nación. El Estado la pagaría después de la victoria. Es de creer que en esta forma, los amos se desprendieron de sus negros de muy mala gana.

Frente a esa actitud contrastó la de don Tomás Basañez. Renunció por escrito a la indemnización debida, arrastrando tras él a don Juan Pedro Olave, don Joaquín Requena, don Norberto Larravide y don Cesáreo Villegas y Luna, dueño de muchos negros en su establecimiento de Pando.

Esa fiesta de setiembre de 1846, en el caserón de la callecita del Colegio, ha llegado intacta hasta nosotros, por la tradición y alguna carta de íntima correspondencia de la época.

Cuando cayó la tarde la fiesta llevaba ya muchas horas. Empezaron a encenderse los farolitos de papel formando guirnaldas, y el golpetear rítmico de los tamboriles marcó el principio del candombe. Ni una guitarra. El negro Orfilio sabía templarla como ninguno, pero ese día le estuvo vedado. Hasta el último rincón del pueblo llegó el eco de la tambora y de los tamboriles, de la marimba en el porongo, del mazacalle y de los palillos. Música enervante y triste — tiene que serlo por ser negra — parece llevar dentro un dolor de siglos.

Los que fueron hasta ese día esclavos de don Tomás, se embriagaron ante el buen amo y el grupo de invitados que los contemplaba desde el patio, bajo la tienda fragante de la copa del tilo, con el rojo carlón y el mareante vino de la libertad inesperada.

Brillante era en los oscuros rostros la blanca cimitarra de la risa negroide, más franca en los viejos, más medida en los jóvenes, cuyo tremendo respeto de esclavos no había limado aún el tiempo. Lucía doña Juana Illa y Viamont, dueña de casa, su extraordinaria hermosura en medio de la preciosa corona de las hijas, en las que el timbre de la raza — belleza y señorío — estaba en todas, bien marcado. Junto al hidalgo señor, la enjuta estampa del general Oribe, el placentero rostro de don Carlos Anaya, el sombrío de su pariente Villademoros, la colorada nuca del cura Ereño. Los ministros y personajes de la Restauración animaban el cuadro, marginado por espectadores más humildes, embobados ante el grupo medido y lujoso de los elegidos:

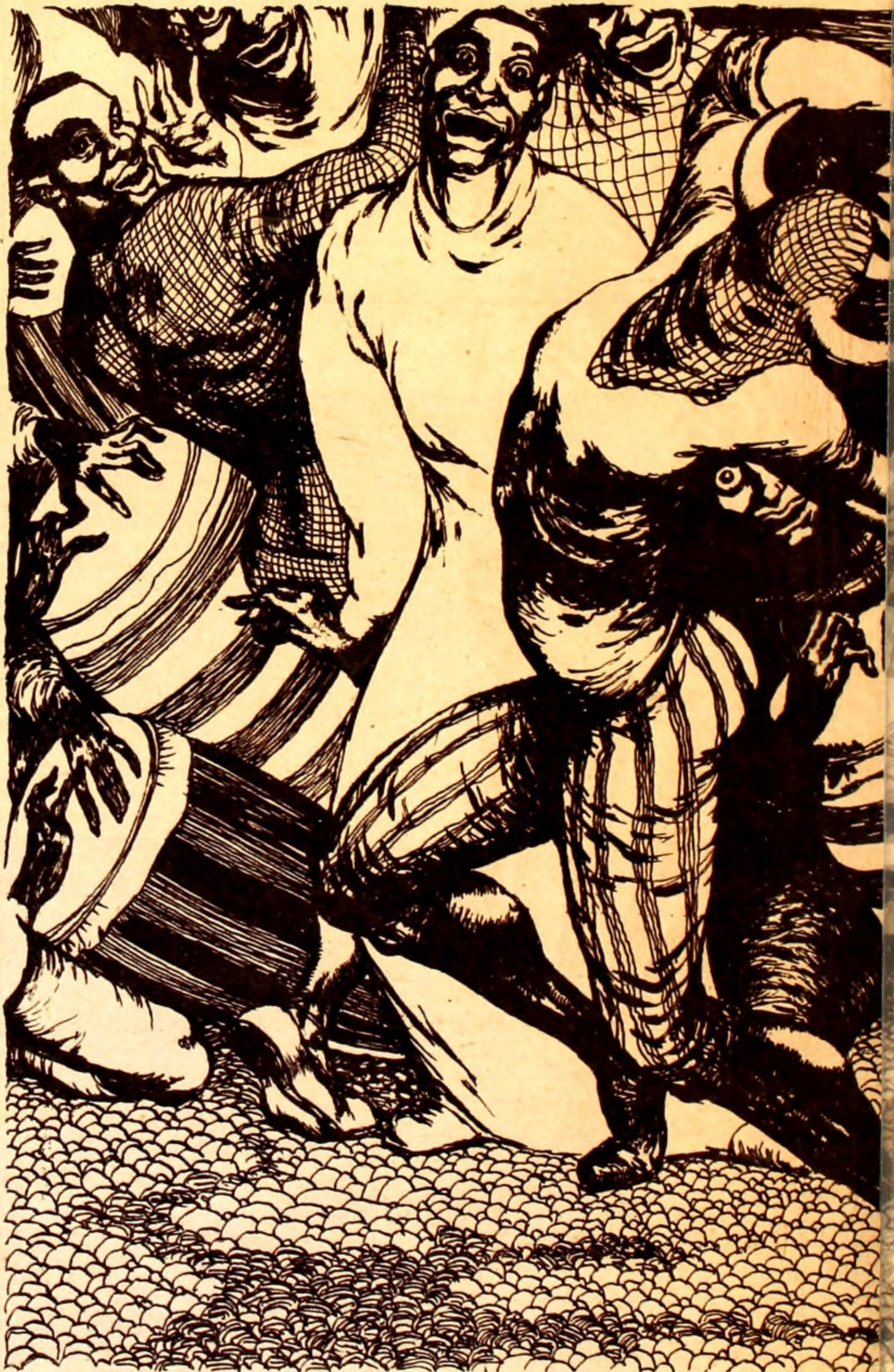
Baile, neglo aflicano,
baile el candóm,
pala el ama y las niñas,
pala el patlón.

La lengua no domada, rebelde a las erres, de tía Lucía, daba la señal de comienzo a la danza semisalvaje, con una agradecida cortesía para los amos. La gritería no se interrumpía un segundo, la bulla crecía siempre, el negro parecía aturdirse, pero al fin de cada canto pasaba un viento helado por el corazón de los que **sabían** oír. El tam-tam traía lágrimas, arrastraba sangre:

eeé, llumbá,
eeé, llumbá...

La rueda desconocía el descanso; no había una pierna, un brazo inmóvil. Giraba la cabeza y las manos multiplicaban el palmoteo. Las ágiles manos de diorita volvían sonoros los grandes mates con semillas secas. Los tambores, el rítmico zapateo, la grave alegría de los desterrados, y los saltos acrobáticos, y las reverencias del granillero, y el vino desbordado a las pipas, hacían subir el fuego nostálgico de los corazones, y pronto los libertos olvidaban amo y espectadores, para revivir el ambiente natal. Había benguelas, minas y cabindas, pero todos eran, al fin, un solo negro, gemido en el viento, por los que no podrían liberarse nunca.

Las viejas libertas, con sus anchas caderas y sus rebocitos rojos agitábanse con la misma agilidad de las muchachas nacidas en el país. Los hombres de motosas cabezas ya con patillas grises, fumaban sus cachimbos, emitiendo de vez en cuando gritos guturales, mientras los jóvenes — verdaderas estatuas de azabache algunos — pitaban en chala, requebrando a las negrillas de anchas polleras de percal y ajustada basquiña que les marcaba los



CANDOMBE. — DIBUJO DE SIFREDI

UN GRAN SEÑOR

úbiles senos.

Decía doña Mercedes Lasala con los ios llenos de lágrimas, moviendo acompadamente su gran abanico de carey:

—"¡Qué obra la tuya, Tomás! Darles la bertad y dejarlos a tu servicio con sueldo. Bien deben quererte de rodillas".

Y contestaba el noble señor, grave, pero onriente:

—"Es mi deber humano, bien cumplido Mercedilas".

Y su mirada buscaba con amor el rostro perfecto de su compañera, la juvenil cabeza de los hijos. Era feliz. El cielo lo había colmado. Crecía el alboroto, la jarana, el ruido de los instrumentos selváticos que acompañaban baile y canto.

En medio de un silencio impuesto por tío Martín, rey de los escoberos, la voz cristalina de una negra que habiendo ya elegido nuevo oficio iba todos los días a lavar a la playa, se alzó, entre reojos de picardía:

> **—Quien quiela sabé**
> **de vidas ajenas,**
> **que vaya al pocito**
> **de las lavandelas,**
> **que ayí se mulmula**
> **de toda manela,**
> **de poble, de lica,**
> **de viuda y soltela.**

De pronto entró en la rueda de los tamboriles un negro gigantesco. Bajo la máscara de novillo, con cortas guampas, que le cubría el rostro, se adivinaba fácilmente a **Guarumba.** Esbelto y ágil, arqueábase su cuerpo musculoso en mil figuras, mientras la escoba describía filigranas, saltando de una mano a la otra, con amenaza para tía Maruka, fantasma salido de las aguas del Nyanza para tomar su festivo disfraz en la Restauración. La danza de Guarumba, rítmica y sonora epilepsia, agrandaba los ojos de los que tamborileaban con el alma en la aldea natal, pequeñas chozas con techumbre de paja bajo un sol de fuego. El eco endurecía los gritos, alargándolos.

En un descanso surgió entre el grupo de los invitados una morena con el turbante de un pañuelo a cuadros, llevando cuidadosamente un gran vaso de leche recién ordeñada, espumosa y tibia. Acercóse al general Oribe y se la ofreció con gran respeto:

—"Lechita de la burra del señó Jefeamo"

Tomólo don Manuel, agradeciendo:

—"No te olvidas, Tomasa... ¿Está linda **la mansa?"**

—"Como el sol de hoy; mi dios la gualde".

Circulaban servidoras llevando bandejas llenas de vasos de horchata y copas con licores caseros. En el candombe corría el vino **duro.** Golosinas de la época, bizcochos de anís, pasteles, el "pé de muleque", las yemas, hacían las delicias de las niñas. Todo era alegría, bienestar, movimiento, color y esplendor en el atardecer en que ya se alzaba el humo de las candilejas, alternando con los farolitos de papel formando guirnaldas por entre los perales.

Todo duerme ya en la muerte y el tiempo. Apenas puede darme su crónica la historia, minuciosa espigadora. Manos pulidas de los señores, manos rudas de los esclavos, humildes instrumentos del candombe, entorchados y sedas, rostros angélicos, caras negras de expresión sumisa, poderío de don Tomás Basañez: todo ha desaparecido, lenta y oscuramente, en un descenso igualitario hacia la sombra.

Sólo queda en una vitrina de los Lasala, el abanico de carey con el retrato del Restaurador de las Leyes, de óvalo firme entre el calado varillaje, que un día de setiembre de 1846, supo lucir en la fiesta de la liberación, doña Mercedes la hermosa, en medio del encanto de todas las damas, muy entendidas en ricas y auténticas elegancias...

*

Esto no es una biografía; aspira a ser apenas aguafuerte del señor del Cardal. Fué uno de los fundadores del Pueblo, con virtudes que justifican se le recuerde en la nomenclatura, aunque su nombre esté perdido en una de las callecitas que bordean el cementerio. Una fecha dobló su destino: la del año en que murió su compañera. Hasta entonces había sido asombrosa su actividad. No hubo progreso local que no se iniciara con él.

Subdividió su feudo, y en los solares que fueron suyos edificóse la zona urbana del poblado. Regaló al gobierno del Cerrito tres manzanas centrales para Colegio, iglesia y plaza. Estuvo junto a Larravide en la construcción del ruedo español; a Fuentes, el consuegro, en la del camino que hizo correr los ómnibus; a don Lorenzo Cardona en el molino de los fondos del Templo. Salieron del horno suyo los enormes ladrillos con que se levantó la Unión, y de su quinta de la Grasería el aceite de potro y las velas con que se alumbró tanto tiempo la población naciente. La piedra para las calles del Cardal, desde el 66 se la arrancó Diego Martínez a la cantera de Basañez. No alcanzó a ver, cruzando la Villa, el penacho de humo blanco del Ferrocarril a Pando, pero sus esfuerzos a favor de esa mejora fueron infatigables.

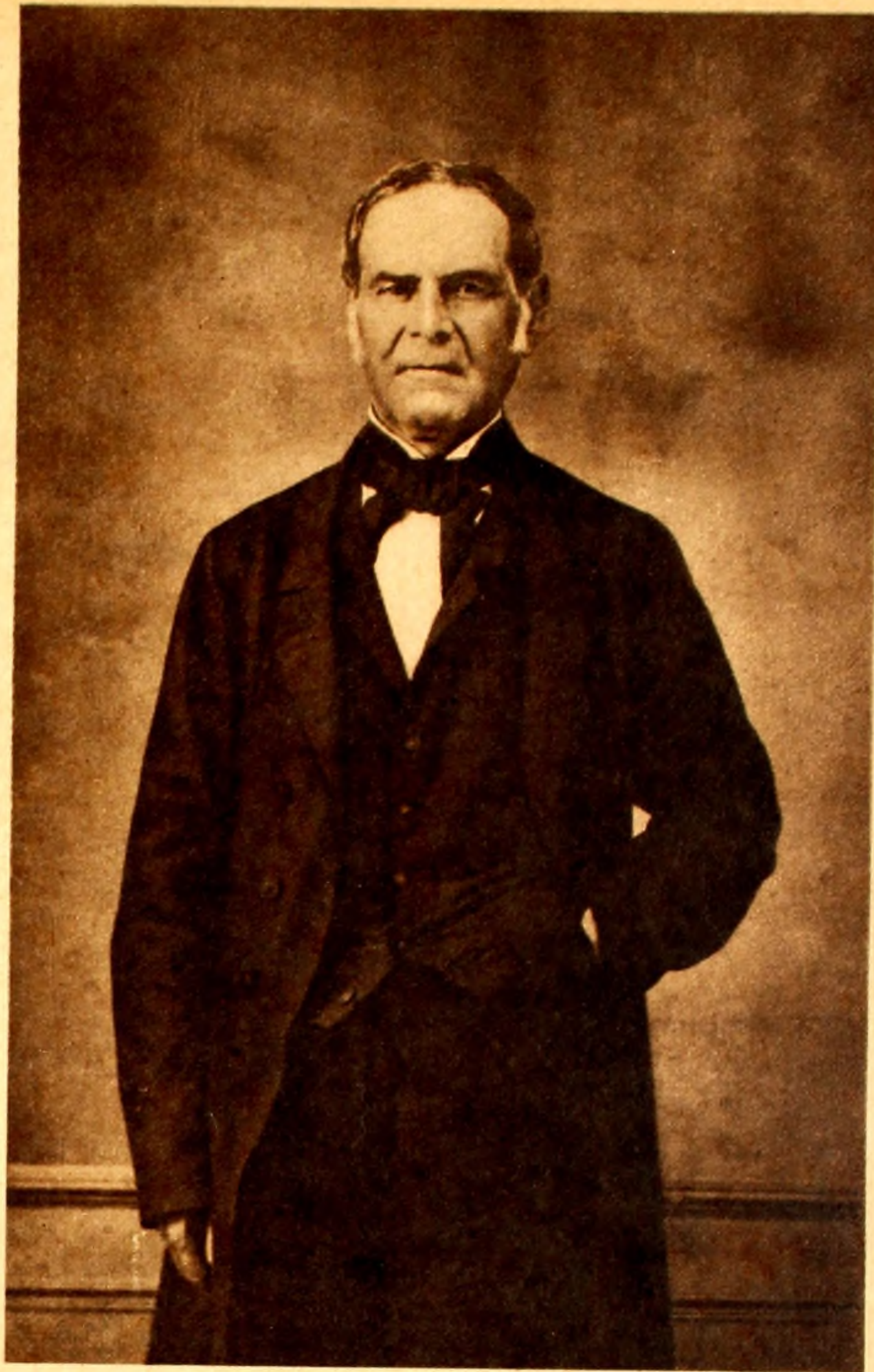
No fué sin embargo esa actividad la que atrajo nuestra atención hacia esta figura.

Basañez fué un hombre como muchos, apasionado y virtuoso. Conoció el amor y la ambición; llegó un momento en que vió extinguirse el primero, y otro, penoso también, de ver satisfecha la segunda, sin sentir alegría... Sus últimos años son los que nos ataron a su recuerdo. Había pasado los 65 y se sostenía erguido, tersa la faz, apenas con algún poco de gris en las sienes. Ambición satisfecha, hermosa familia crecida en la opulencia y en la ternura hogareña. Era joven. Se **sentía** joven, esperanzado todavía. Libre ya de las turbulencias pasionales, su dicha era reposada.

El hombre avanza en la vida tan lentamente, que sólo los que dejan de verlo largo tiempo se dan cuenta del cambio. Basañez parecía estancado en una edad indefinida, pero lejos de la vejez.

De pronto, en una semana, fué capaz la neumonia de arrebatarle la compañera: 1862. En esa semana desapareció de golpe la ficticia juventud de ese hombre. Ocho días son suficientes "para apagar una mirada", para que una espalda se encorve. El viejo estaba dormido en ese **joven,** y no se necesitó una enfermedad para despertarlo, bastando sólo con una desgracia.





DON TOMAS BASAÑEZ, GRAN SEÑOR DEL CARDAL.

Alguien ha lamentado no haber escrito la fábula del árbol que quiso guardar sus hojas. Le fué fácil en el estío, pero cumplido el plazo inflexible en que debían caer, entonces, a pesar de sus esfuerzos por conservarlas, huyeron en remolino, y el árbol pudo ver en el arroyo su oscuro esqueleto, idéntico al de los otros a los cuales hubiera deseado no asemejarse nunca.

Basta una sola tormenta para desnudar un tronco, para envejecer un alma. Ese año fué aquel en que Basañez se convirtió en cartujo.

Salía tan sólo para llegar hasta el Templo, en cuyo altar, propio, hincaba la rodilla, aflojando el alma. Todas las hijas habían pasado bajo esa bóveda de San Agustín, para salir después, radiantes, terminada la boda suntuosa. Del fresco ramillete, Butler había escogido a Valentina, Verde a Juana, Pochet a Rosa, Beherens a Carolina.

Sufrió el padre los sucesivos desgarramientos, amortiguándolos con un pedido tierno: que se fueran al nido nuevo, pero siempre que se anunciara un nieto, debía regresar la pareja al caserón antiguo.

Y los nietos fueron llegando al mundo en el lecho amplio de la abuela patricia, en la pieza cuyo ventanal se abría bajo la sombra veraniega de los parrales, oficiando en el trance la única comadrona: el mismo fuego en la chimenea, siempre intacto el artesonado de duras vigas.

Ahora estaba solo Basañez, definitivamente solo. No conseguían los íntimos cambiar su habitual actitud; reconcentrado y silencioso, parecía no conservar fuerzas ya ni para sufrir.

Hubo un momento en que pudo creerse en una reacción del ánimo.

Pareció interesarse por los triunfos del hijo. Distinguido abogado, agente fiscal, representante del partido blanco en la Cámara baja, Adolfo Basañez escalaba rápidamente posiciones. La herida del viejo parecía sangrar menos.

Siempre gusta ver a los de nuestra sangre recorriendo el camino al que no volveremos más... Pero durante la revolución de Aparicio, el doctor Basañez, comandante del ejército revolucionario, fué enterrado con honores al otro día de una refriega en las Tres Cruces.

Se encorvó más todavía, el cartujo.

Le quedaba ahora, único báculo, el hijo de su nombre de pila.

Pero Tomás se fué también, envuelto en nieblas el espíritu.

Le restó al abuelo la infancia de Ecilda, al abuelo que ya tenía los cachorros de Adolfo. Así llega el verano de 1873. Los lazos que pueden atarlo a la vida, no se mantienen a su lado todos los momentos.

Los pequeñuelos, aún los huérfanos, más sagrados, no bastan. El abuelo triste, no está dispuesto a jugar con ellos, a descender hasta su edad, a contarles cuentos, siempre los mismos, a escuchar de sus labios incontaminados las deliciosas confesiones. Ahora sí, conoce la indiferencia del alma. Ahora sí, el antes altivo terrateniente que pudo disponer de su feudo para regalarlo al gobierno de su partido, es el **viejo** Basañez. En la laguna de la quinta contempla ahora el tronco desnudo de sus días. Se le han desprendido muchas hojas: Juana, la compañera perfecta; Adolfo, el que debió esclarecer el respetado nombre vasco; Tomás, escapado por la puerta de la locura.

Ha puesto todo su afecto en esas sombras y ya no teme a la muerte. Cuando sueña bajo el tilo, dialoga con esos queridos fantasmas. Lo rodea la antigua atmósfera familiar; Su casa no ha cambiado. En tantos años nunca dejó esa enredadera de tirar un ramo por encima del muro; a esta hora del atardecer tía Maruka encendía los candelabros antes de asombrarse con la novedad de la lámpara.

Ni el padre Gadea, ni el doctor Capdehourat consiguen arrancarlo a sus pensamientos. Por esa puerta se ha colado tantas veces el frío, tantas veces el viento... Por ella llegó el Amor hasta su casa dichosa. Por ella ha de venir la Muerte.

No puede apartar los ojos de esa puerta.

*

Tiembla el corazón del hombre que no está seguro de haber sabido vivir... porque ha sobrevivido.

M. FERDINAND PONTAC.

(Capítulo de "Aguafuertes de la Restauración", del Dr. Luis Bonavita, libro que aparecerá pronto).

JUVENTUD DEL MUNDO



Vencí en el pugilato a Clitómedes hijo de Enope; a Anqueo de Pleurona que a combatirme se ofreció orgulloso, en la lucha vencí; y en la carrera vencí también a Ificio, aunque ligero era también de pies. En manejar la pica, a Fileo por fin, y a Polidoro fuí superior, y sólo con su carro me pasaron por delante los dos hijos de Actrión.

HOMERO.

ESTAMOS en el año 1892, aquel descendiente de la nobleza francesa, el Barón Pierre de Coubertin, después de una larga estada en Inglaterra y dos viajes a Estados Unidos, donde se impregnó del espíritu y del amor a los deportes que caracteriza a los anglo-sajones, presenta en el Anfiteatro de la Sorbonne su proyecto de revivir los clásicos Juegos Olímpicos, para que "la juventud del mundo especialmente universitaria y amateur se uniera, se conociera y se amara". La idea tuvo apoyo mundial, especialmente entre sus amigos ingleses y americanos. Dos años de viajes, entrevistas y conferencias a través de Europa y de América, hacen posible efectuar la primera reunión mundial, realizada en París, con la presencia de 75 delegados internacionales. La "idea Olímpica" está en marcha y nadie la detendrá.

El rey Jorge de Grecia se interesa vivamente para que la primera Olimpíada de la era moderna se realice en Atenas. Dos años de ardua labor permiten preparar el escenario. Un rico mercader griego dona un millón de dracmas para encabezar la colecta en la recaudación de los fondos necesarios. Grecia entera se asocia a los trabajos. Se reconstruye el estadio, donde durante tres centurias, realizaba sus juegos la juventud, flor y nata, de aquella inigualada civilización.

Mármoles Pentélicos fueron traídos y colocados para ornamentar el "Stadium". Se reconstruyó la ruta que recorriera el glorioso soldado de Maratón. La plataforma para arrojar el disco en el estilo Helénico fué preparada. Había que revivir lo más exacto posible el "espíritu y el ambiente Olímpico". No faltaron las manifestaciones del arte clásico, concursos de escultura, de música, de cantos, representaciones del teatro desaparecido, etc., etc. Así en 1896 bajo el patrocinio del rey de Grecia se inaugura con todo el esplendor y el espíritu ateniense, la primera Olimpíada de nuestra época.

Aparte de los juegos atléticos dentro del estadio, se corrió en el lugar histórico la gran carrera de Maratón, donde los griegos ocuparon los primeros puestos, sobre los mejores representantes del mundo.

Las bases fundamentales de las Olimpíadas modernas estaban echadas; cada cuatro años de acuerdo con la costumbre antigua se realizaron en distintos países estas fiestas, donde se congregó el músculo, el cerebro y el corazón del mundo. A la inversa de la civilización desaparecida, la nuestra tuvo que interrumpir los juegos para que la juventud se destrozara en la guerra del 1914-18. Los helenos la interrumpían si las había, para dar lugar a los Juegos, para no cometer sacrilegio.

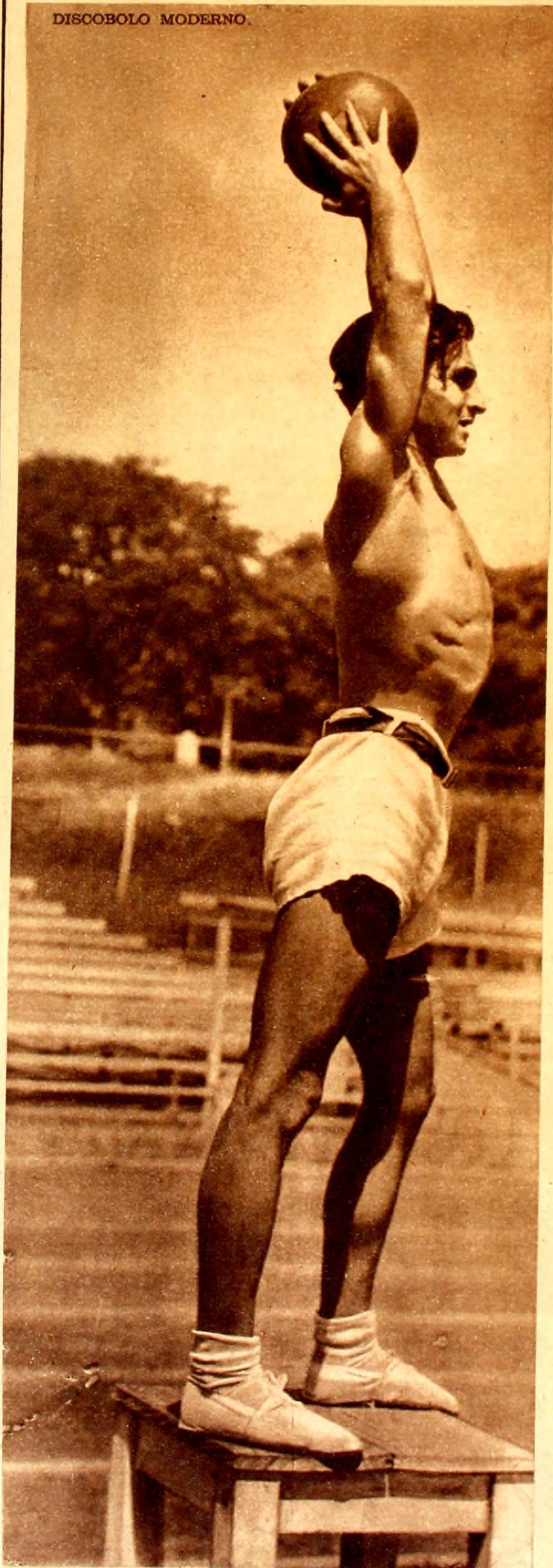
"La iniciativa no ha muerto con la guerra, está paralizada" nos decía el Barón cuando lo entrevistamos en su tranquilo Hotelito del Parc Monceau de París. "Tenemos que empezar de nuevo" y así lo hizo con aquel fervor que lo caracterizaba, de alma iluminada por una idea grande y noble.

En 1920 se reinician los juegos sin interrupción, cada vez más grandes y esplendorosos llegamos a los últimos, los de 1936 realizados en Berlín. Bueno es destacar que han sido éstos los más grandes que se conocieron en todas las épocas. Cuatro años de estudios meticulosos y preparación calculada matemáticamente, le permitió al III Reich presentar una gran fiesta. No faltó detalle en su organización que no hubiera sido estudiado con precisión algebráica. La "alta eficiencia" estaba a la cabeza. Toda Alemania trabajaba en la iniciativa. La "Oficina de Propaganda" acciona con eficacia. Se invita a los jóvenes del mundo.

Los Americanos del Norte no tienen deseos de participar. El Comité Olímpico Americano compuesto por personas de prestigio y arraigo en el país, discutió durante once horas consecutivas lo que debía hacerse. "El nazismo tiene prejuicios raciales, no quiere indios, judíos o negros". "Están preparando otra hecatombe". "Están armados hasta los dientes". "Les haremos el caldo gordo al hitlerismo" decían unos. "Tenemos que dar el ejemplo, somos deportistas, el deporte no tiene raza, patria o credos", decían los más. La diplomacia accionaba hábilmente. Alemania quería que no fracasara la fiesta, como hubiera ocurrido sino estaba presente la nación que siempre le dió el mayor brillo. Se fletaron vapores expresos y una gran representación de Norte América llegó a Europa. Un millón y medio de pesos costaba el viaje. Nuestro país estuvo presente con una reducida delegación deportiva.

Se van a inaugurar los Juegos. Berlín— nueva Babilonia — hospeda a hombres y mujeres, llegados de los más recónditos lugares de la tierra para participar en todas las justas del deporte, de la música, de la escultura, la poesía, etc., etc. Todos amparados por el símbolo de las Olimpíadas, cinco anillos entrelazados, los cinco continentes, se entienden en el idioma universal: la sonrisa. Se va a iniciar la fiesta. El Estadio principal presenta un as-

DISCOBOLO MODERNO.





JUVENTUD UNIDA DE AMERICA.

FOTOGRAFIAS DEL DOCTOR FRANCISCO DEVICENZI.

pecto deslumbrante. La juventud del mundo congregada en su centro en número nunca igualado y cien mil personas esperan la iniciación del magno torneo. Una clarinada manda atención, se hace silencio y empieza la ceremonia de la XI Olimpíada. La artillería emplazada dentro del campo encabeza el programa con salvas de alto calibre. El fuego sagrado viene en viaje; desde hace días.

En la plataforma del templo de Zeus, por medios físicos y químicos se encendió la antorcha, que será conducida por deportistas a través de Europa. El primero, será el griego vencedor de la Maratón Moderna. Grecia entera presenció el paso. Los caminos montañosos del Peloponeso, el Istmo de Corinto, la Acrópolis, el templo de Apolo en Delfos, desfiladeros, el Olimpo; es la ruta que recorren los atletas. Se detiene unos instantes en el Estadio de Mármol de Atenas, para una ceremonia especial; sigue, pero antes de salir del suelo griego se detiene por último en la Plaza de San Demetrio de Salónica para un ritual. Esa noche se le entrega a los Búlgaros. Sería interminable relatar la belleza y las emociones de esta gigantesca y simbólica carrera. Sofía, Belgrado, Yugoeslavia, Budapest, los bosques de Viena, Praga, Dresde, Berlín fin de la "ruta Olímpica". En todas partes la multitud aclama. Los obreros de las grandes fundiciones, los pastores en las montañas, los campesinos de las fértiles campiñas, sus mujeres, sus hijos, saludan al corredor. El fuego de los Dioses del Olimpo los bendice. "Cuánta fraternidad". "Tendremos paz".

La orquesta sinfónica hace oir dentro del Coliseum selecciones de Wagner; de repente se interrumpe el concierto, los heraldos levantan en alto sus trompetas, llenando el aire con sus acordes. ¿Qué pasa? Llega el Führer. La nerviosidad es grande. Aparece seis metros exactos más atrás, la plana mayor encabezada por Goering, Goebbels, Von Ribbentrop, Rosenberg y cincuenta personas más, dirigiéndose al palco de los "Imperators". Es tan grande la atención y la ansiedad de la multitud que pueden oirse a la distancia los sonidos de los pasos al chocar contra las losas. Se sientan, son aclamados, bruscamente se pone de pie Hitler, la multitud se electriza. ¿Qué hará? Avanza hacia la baranda, cincuenta micrófonos están a la vista, silencio sepulcral. El saludo nazi es contestado por la muchedumbre. Habla: —Yo Adolfo Hitler, etc., declaro inaugurada la XI Olimpíada, etc., etc. La fiesta empieza. Se acercan los abanderados de la juventud del mundo. Van a prestar el juramento Olímpico. "Juramos por nuestro honor competir con honestidad, etc., etc., Ave César Morituri te Salutant".

Aparece un Zeppelin evoluciona sobre el estadio, se va. Quinientas voces frescas entonan un canto deleitante. Llega el fuego sagrado, se enciende el Lampadario, las almas se sienten purificadas. Una nube de bombarderos forman un techo al circo. Millares de palomas inundan el ambiente, la mayoría son blancas, símbolo de la paz. ¡Cuánta fraternidad! Dice para sus adentros un mutilado de la guerra pasada. "Están amaestradas para la guerra microbiana, que la empezarán cuando no haya más soldados y armamentos. Ellas desde el cielo de Europa sembrarán la peste y el cólera que arrasará con los últimos sobrevivientes del continente que desaparece". Sigue el programa, asombrando más y más a la multitud que boquiabierta contempla el imborrable espectáculo. La Oficina de Propaganda ha triunfado ampliamente. En pocas horas se mostró el poderío, la ciencia, el arte, etc., del nacional socialismo "Deutchland Deutchland Uber Alles". "Qué grande y poderoso es el III Reich".

Los atletas del mundo en los distintos estadios dirimen supremacías durante una semana. Nunca se vieron competencias tan reñidas y donde se superaran tantos records.

En el Coliseum principal se realiza la ceremonia final. Se va a coronar al mejor atleta de la Olimpíada. El atleta completo, vencedor del Decatlon (diez pruebas atléticas). El estudiante californiano sube a la plataforma de los vencedores, le colocan la corona de laureles sobre su cabeza, parece un dios del Olimpo. ¡Cuánta belleza! Una bandera es izada lentamente en el mástil Olímpico, es la norteamericana, nación vencedora en el gran torneo. La multitud de pie aclama al más grande atleta de todos los tiempos. El mejor ejemplar de la raza humana. El hombre ideal, perfecto. El desideratum biológico. Los sesudos sabios, los antropólogos, sociólogos, etc., declaran solemnemente después de los juegos, que el hombre se perfecciona cada vez más, que se aleja con rapidez de su vecino inmediato en la escala zoológica.

Hitler ofrecerá una fastuosa recepción al país vencedor. Exige una condición: que no estén presentes ni los negros, ni los indios, ni los judíos. Tienen ojos verdes y debajo de su piel la pigmentación es negra. Son salvajes, etc. ¡"Somos demócratas"!, no queremos, nos vamos. Heil... Hitler", se fueron. La Quinta Avenida de Nueva York los espera vistiendo sus mejores galas. Fiorello Laguardia da la bienvenida en la Municipalidad en nombre de la Nación y de su Presidente. Terminaron los juegos.

El viejo Barón está alegre, aunque la atmósfera está cargada en Europa, tiene grandes esperanzas de que sus compatriotas por un lado y Chamberlain por el otro, sabrán manejar hábilmente los asuntos dentro de su ideal de confratenidad humana. Pasan unos meses después de los juegos, los dioses del Olimpo lo vienen a buscar, no quieren que presencie lo que vendrá. Iniciará el eterno viaje satisfecho, pero antes de hacerlo tiene su última voluntad, pide que su corazón sea enterrado en Olimpia en el Monte Sagrado. El gobierno francés hace cumplir el último deseo de su hijo predilecto que tuvo una idea grande y noble. Se va, precede a sus gladiadores. La "ruta olímpica" cobra actualidad otra vez. Las multitudes silenciosamente saludan la materia y el espíritu de un gran hombre.

Y vino lo esperado, la hecatombe se desencadenó. Se tiró lejos la antorcha del fuego sagrado. Las divisiones motorizadas, los potentes bombarderos y toda la maquinaria bélica está en plena función y nuevamente la "ruta olímpica" es el camino elegido. Con las variantes necesarias a las conveniencias tácticas y poltiícas, se sigue el mismo camino. ¿Dónde van? A Grecia. Los habitantes de los países en la ruta, huyen aterrados. ¿Qué pasa? Son los dioses de Berlín que han desencadenado sus furias, y van en busca de los del Olimpo. Todo a su paso es desolación, "tierra chamuscada". Por el camino elegido avanzan las legiones, llegan, arman sus tiendas en el Partenón, en el Acrópolis, en la Plataforma de Zeus, etc. Allí están acampadas. Berlín devolvió la visita a la cuna de la civilzación.

Los sesudos sabios siguen discutiendo sobre el perfeccionamiento del género humano, aún no se han puesto de acuerdo sobre el lugar que colocarán al "Homus Sapiens" en la escala animal, esperemos su dictamen. Lo del título, pero América tierra de paz y trabajo, no dejará que los artistas del tinglado, le escamoteen a la generación que vivimos la idea olímpica. La antorcha sagrada aún humeante no se ha extinguido completamente. Los carros de asalto no han podido destruirla. América la recogió y la hará brillar con más intensidad el próximo año en Buenos Aires, para que ilumine con sus resplandores a un continente sin odios ni rencores. Mil atletas de Estados Unidos estarán presentes. Quinientos del Uruguay, otros tantos de Argentina, Brasil y todas las repúblicas hermanas. Los Primeros Juegos Panamericanos congregarán a la juventud del continente y mantendrán vivo el espíritu olímpico, que nada ni nadie hará desaparecer porque es grande y es noble.

Emilio CHAPELLA.

ESCUELA 2º GRADO Nº 66



ESCUELA Nº 45. — PAGOLA 2170.



ESCUELA Nº 75. — CARABELAS 2279.



ESCUELA Nº 91.

NOTAS DIVERSAS DE LOS ACTOS DE FIN DE CURSO REALIZADOS EN LAS ESCUELAS DEL ESTADO, EN EL DEPARTAMENTO DE MONTEVIDEO.



ESCUELA Nº 12.



ESCUELA Nº 44



ESCUELA Nº 44. — 8 DE OCTUBRE 3769.

TIERRAS Y PAISAJES DEL CONTINENTE

AMERICA Y LA GEOGRAFIA

(Dibujo de Trujillo).

DECIA el conde de Keyserling cuando estuvo en Bolivia, que al llegar el viajero a la cumbre de La Paz, desde donde se divisa la ciudad en lo hondo de una gigantesca grieta del altiplano, se asiste al tercer día de la creación del mundo. La cordillera formidable, coronada de nieve, levanta hasta las nubes la cabeza robusta del Illimani. La punta se prolonga hacia el Sur en una meseta parda y desolada, cruzada por caminitos que buscan el abrigo de las barrancas amarillas. A veces se columbra en la lejanía un rancho, un pequeño montoncito de tierra gris, en medio de la mancha roja, delante de los ojos alucinados del viajero, una recua de llamas. Y siempre el silencio solemne, bajo el cielo azul, en una atmósfera tan pura como la de una campana neumática. Lo que provocó la exclamación del conde fué el espectáculo primario y elemental de esa tierra convulsionada, erizada de volcanes, yerma, en medio de la cual se encuentra el espejo del lago Titicaca, y cien kilómetros más adelante la depresión de La Paz, que parece la cuenca de un ojo vaciado o de un lago seco.

Al transitar por el altiplano golpea primero el corazón la soledad que el silencio. Luego la vista se detiene en la contemplación del horizonte, coronado de eminencias nevadas que se confunden fácilmente con las nubes. Las rocas, las colinas, las mesetas, tienen los colores más variados dentro de unos contornos precisos. He visto, en las paredes de la hondonada natural en que yace de rodillas la ciudad de La Paz, formaciones geológicas que recuerdan castillos y fortalezas medioevales, labrados por el agua y el viento. Los pintores de la puna, que se han aplicado a trasladar al lienzo el color violeta de algunas rocas, el verde tierno del cielo en las inmediaciones del lago y el rojo encendido de las peñas cuando las embiste el sol de la tarde, tienen que aparecer mentirosos a los ojos de un espectador acostumbrado a los tonos pobres de las tierras bajas. La puna es el paisaje elemental de hace millones de años, en el que el viajero involuntariamente coloca — cuando lo ve por la primera vez y está medio embriagado por la luz, la altura y el viento — los dinosaurios prehistóricos que los sabios sostienen en andamios en los museos de reconstrucción arqueológica.

En cambio, al descender mentalmente de aquellas alturas vertiginosas donde reina el soroche, hacia la hoya del Amazonas — lo que en la vida común y corriente sujeta al tiempo, puede hacerse fácilmente en avión — se asiste no al tercero sino al último día de la creación del mundo. En aquellas regiones la tierra todavía está empapada y caliente, y las aguas recogidas en venas gigantescas, comienzan a retirarse hacia el abismo del mar. Una vegetación monstruosa cubre vorazmente la tierra en lucha permanente contra el agua. Asciende hacia la hora del medio día un tufo envenenado, un aliento que corta la respiración de los viajeros que se aventuran por esas soledades, porque la selva es un gigantesco y multiforme organismo que nace, muere y se renueva constantemente. Su propia exuberancia la asfixia. Lianas y enredaderas se abrazan a los árboles, les chupan la savia y los van matando poco a poco. De la colcha podrida que cubre la tierra, brotan sin cesar vidas nuevas que pugnan por romper la bóveda impenetrable de la selva. La naturaleza, todavía desquiciada y en busca de sus propias leyes, se contorsiona en sacudimientos trágicos. Las tempestades en el Amazonas ponen pavor hasta en el corazón de los animales salvajes. Los relámpagos incendian lienzos enormes de cielo y la inundación se desparrama por extensiones incalculables, arrastrando árboles, barrancos, animales y aldeas. Cuando viene la sequía, en cambio, todo agoniza de sed y las carroñas de las bestias muertas en el invierno despiden un olor insoportable.

Por ejemplo en la ciudad de Manaos, en el corazón de la selva brasileña, el río Negro baja veintidós metros del nivel cuando viene el período de sequía. Es una ciudad maravillosa, que duerme la siesta en pleno bosque. Nació cuando el auge del caucho, y los siringeros millonarios la fueron llenando de palacios de mármol que hoy, cuarenta años después, son lentamente tragados por la selva. La selva se lo traga todo. Cuando vi en los siringales del río Negro, como quien dice en los suburbios de Manaos, aquellos trabajadores amarillos, palúdicos, corroídos por la fiebre y la lepra, pensé que en ese último día de la creación, que es la selva, evidentemente el hombre no pudo haber nacido. Dios tuvo que esperar todavía un poco a que se enjutara la tierra y se dulcificara el ambiente para animar con su soplo la frágil arcilla humana.

Pero, al dejar el Amazonas e internarse en tierras del Perú, o en el Estado de Ceará, sobre las costas ecuatoriales del Brasil, se encuentra ya no la visión geológica y elemental de la puna, ni el espectáculo vegetal de la hoya amazónica, sino el desierto y la extensión de arena. Desde la frontera del Ecuador, una vez pasados los pantanos y ciénagas del río Guayas, hasta bien promediado el territorio chileno, la costa es una ancha faja que trepa hasta los Andes, desierta, apenas cortada de trecho en trecho por angostos valles. Las carreteras del Perú atraviesan regiones que trasladan mentalmente al viajero al desierto de Gobi: las dunas, rizadas por el viento del mar, forman espejismos lejanos; y a veces pasa el automóvil por delante de ruinas de ciudades muertas hace siglos, o al lado de caravanas de indios que arrean lo que de lejos se confundía con una fila de camellos y ya de cerca no es sino una recua de burras.

La puna, la selva y el desierto, no son sino tres de los muchos aspectos que presenta Sur América al viajero, y que lo hacen meditar en la infinita capacidad de sugestión que tiene su multiforme paisaje. Tal vez no se encuentre otro lugar de la tierra donde para viajar en el tiempo no se requiera sino trasladarse en el espacio; donde viajar equivalga a leer; donde la historia esté contenida en el paisaje tan cumplidamente que el simple acto de hacer una maleta, subir a la cabina de un avión y montar en un automóvil, equivalga a trasponer la puerta de una biblioteca para estudiar viejos códices.

Grandes escritores europeos de todos los tiempos se han aplicado a revivir, tras prolijas y pacientes investigaciones, la existencia de ciudades y culturas muertas que hoy apenas afloran a la superficie en el tronco de una columna rota o en el brazo mutilado de una estatua. Un gran poeta inglés, Keats, devolvió momentáneamente la vida a Grecia al cantar a una urna. Ruskin, arrodillado frente a la catedral de Amiens, reconstruyó pacientemente el espíritu de los artesanos de la Edad Media. En América no se necesita disponer del genio del poeta ni de la erudición del estilista para revivir las etapas sucesivas por las que ha pasado el continente desde la afloración de sus rocas a la superficie del mar, en la bahía de Río de Janeiro, hasta la disolución de sus viejas culturas en la cumbre helada del Macchu-Picchu. Sin necesidad de la preparación laboriosa que necesitan el sabio y el poeta europeos para reconstruír a Grecia sobre una urna rota, o revivir la Edad Media frente a una catedral, el viajero en América tiene la historia a la vista y al alcance de la mano. No la ruina, sino la vida estancada en sus etapas sucesivas. Esto, que es verdad por el aspecto puramente geográfico, también es cierto desde el punto de vista histórico. Ese viajero que asistió en las heladas mesetas de Bolivia al nacimiento del cosmos, en el Amazonas a la desecación de la tierra y en los desiertos del Perú y del Ceará a la muerte del mundo, puede también ver con sus propios ojos las distintas fases de la lenta y trabajosa marcha que emprende el hombre para cumplir su destino. Encuentra aldeas primitivas, compuestas de chozas y bohíos, plantados sobre estacas en las lagunas, donde vive el hombre como hace varios miles de años. Para eso le basta descender a las selvas del Brasil, de Colombia o del Perú, por caminos en los que todavía el hombre puede darse el placer suplementario de vivir, como actor, la epopeya magnífica de los conquistadores. En el riñón de los Andes peruanos, o en los amenos valles del Ecuador, o a las orilas del lago Titicaca, hay aldeas indígenas que permiten al viajero asomarse a un abismo de diez siglos, sin necesidad de que un genio de la historia o del arte despierte en su imaginación mundos perdidos que sus ojos tienen delante. Retablos del siglo XVII están ahí, en cualquier encrucijada de los Andes — en el Cuzco, en Tunja, en Potosí — en espera no de un arqueólogo sino de un viajero que, más feliz que el arqueólogo, quiera sumergirse en una edad anterior sin que para ello tenga que juntar pacientemente en la imaginación y en la memoria los pedazos de un cacharro sumergido en el polvo. No sólo hay ciudades que se conservan intactas, como en un nicho, y a las cuales no hay que quitar ni poner una sola piedra para verlas hoy tal como fueron, sino que sus costumbres, su sociedad, su régimen interno, hasta los libros que se conservan en sus bibliotecas y los monjes que prolongan en el remanso de los conventos las viejas rivalidades de congregación, todo sigue viviendo igual que hacen cien, doscientos o trescientos años. Bogotá es la juventud de Santiago; Buenos Aires y San Pablo son la ciudad sudamericana en pleno verdor de 1940. Pissac es una aldea incaica del tiempo del Inca Manco. Los indios que viven en las islas flotantes del lago Titicaca todavía esperan que surja de entre las aguas la pareja de Hijos del Sol que fundó el Cuzco; y en esta ciudad todavía discute la comunidad de teólogos domínicos con los frailes del convento de San Agustín la cuestión de la prioridad en la evangelización de América. En las aldeas de la sierra ecuatoriana y del valle del Vilcanota, en el Perú, se sigue hablando en quechua; en las aldeas boyacenses de la cuenca del Chicamocha, en Colombia, se habla un castellano lento y sabroso del siglo XVI; mientras que en las calles de Buenos Aires se oye un idioma rápido, incorrecto, lleno de palabras robadas al genovés, que está en plena descomposición creadora.

Por esto en América el paisaje es la historia, y el americano no es el que piensa en profundidad, en tiempo, como el europeo, sino en redondo y en espacio. Y el viajero, en América, es un historiador a la fuerza.



E. CABALLERO CALDERON.

SOCIALES



HORACIO y PEDRO RICCI LAMBERTI.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

EL RECINTO DEL TEMPLO



















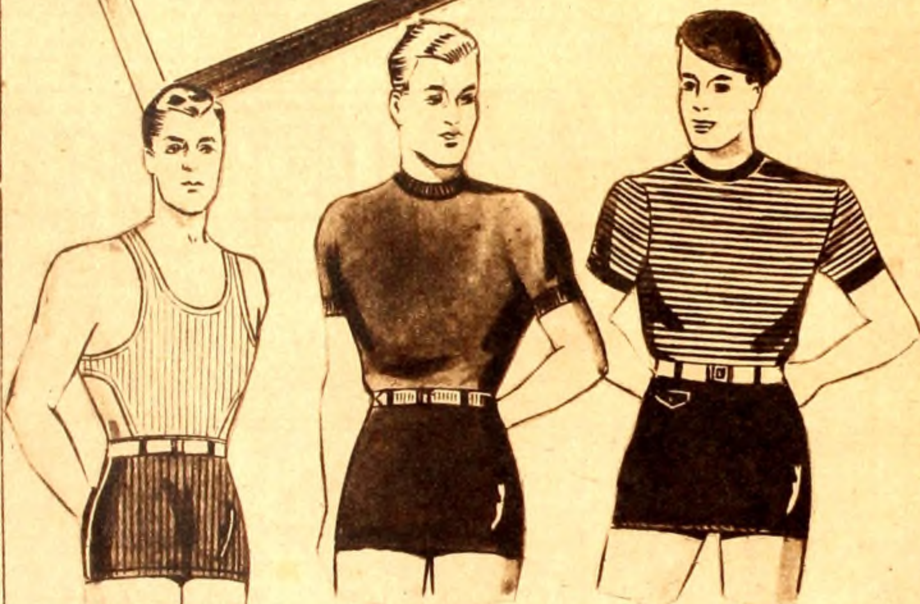






Casa Soler

INTERESANTES OFERTAS PRENDAS PRACTICAS PARA CAMPING Y PLAYAS



PECHERA de lana canalé $ 1.50
PANTALON Yacard haciendo juego $ 2.95

BUZO de algodón de Egipto $ 1.50
PANTALON Yacard malla lisa $ 3.20

BUZO marino malla elástica $ 2.20
PANTALON Yacard en relieve $ 4.50



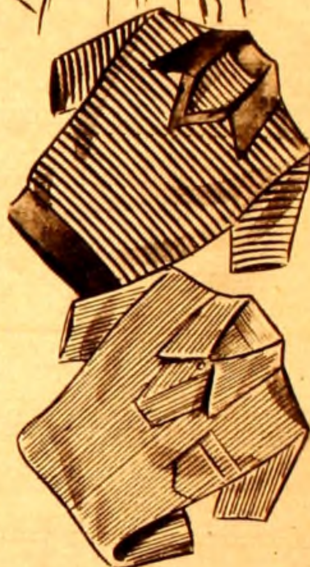


BUZO de malla suave GRAN OFERTA . $ 0.65

PLAYERA de algodón Egipcio $ 2.40

CAMISA convertible de jersey milanés $ 3.20

TRAJE de BAÑO "Spider tipo Americano $ 3.80





EN NUESTRAS TRES CASAS

SUC. GOES	CASA MATRIZ	SUC. CORDON
Av. Gal FLORES 2341	Av. AGRACIADA 2302	Av. 18 de JULIO 1601
Esq. M. BERTHELOT	ESQ. M. SOSA	Esq. CARLOS ROXLO

CLIENTES DEL INTERIOR EFECTUEN SUS PEDIDOS CONTRA REEMBOLSO